

La bailarina de Auschwitz

EDITH EGER

Una edición *Young Adult*
de la inspiradora historia
que ha emocionado
a millones de lectores



L^a
bailarina
de
*A*uschwitz

Edición Young Adult

Edith Eger
con Esmé Schwall

Editado por Jordan Engle

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *The Ballerina of Auschwitz. Young Adult Edition of The Choice*

© Dr. Edith Eger, 2017, 2024

© de la traducción del inglés, Jorge Paredes Soberón, 2025

Diseño de interior basado en la idea original de Irene Metaxatos

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2025
Depósito legal: B. 4.490-2025
ISBN: 978-84-08-30129-5
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Black Print CPI
Printed in Spain – Impreso en España



Índice

Nota de la autora	13
Prólogo	15
1. La pequeña	17
2. Seguros en nuestra mente	31
3. Amor y guerra	45
4. Las cuatro preguntas	55
5. Lo que guardas en la mente	64
6. Bailando en el infierno	79
7. Cuerpos azules	92
8. Una rueda	101
9. La escalera de la muerte	119
10. Elegir una brizna de hierba	128
11. Mi libertador, mi agresor	135
12. Entra por una ventana	152
13. La decisión	168
Epílogo. Deja una piedra	189
Agradecimientos	203



1

La pequeña

Querían un niño, pero llegué yo.
Una niña. La tercera hija, la pequeña de la familia.

—Me alegro de que tengas cerebro, porque no tienes buena planta —me dice mi madre a menudo.

Quizá se refiere a que nunca seré guapa. O quizá ese cumplido envuelto en crítica es su manera de animarme a estudiar mucho. Una motivación expresada como una advertencia. Quizá está intentando salvarme de algún destino invisible. Quizá está intentando que me haga una mejor idea de la persona que podría llegar a ser.

—Ya aprenderás a cocinar en otro momento —me dijo cuando le pedí que me enseñara a trenzar el pan *challah*, a freír pollo o a hacer la mermelada de cerezas que prepara en verano y almacena para el resto del año—. Venga, al colegio.

Hoy estoy delante del espejo, en el cuarto de baño de nuestro piso, cepillándome los dientes y preparándome para ir al colegio. Examino mi reflejo. ¿Es cierto que no tengo buena planta? Soy bailarina y gimnasta; mi cuerpo es esbelto y torneado. Me gusta

mi fuerza. Me gusta mi pelo castaño ondulado, aunque Magda, la mayor de mis hermanas, es la más bonita de todas. Sin embargo, cuando contemplo mis propios ojos en el espejo, cuando me sumerjo en ese conocido color azul verdoso, no soy capaz de identificar lo que veo. Es como si estuviera fuera de mi vida, observándome como a un personaje de una novela cuyo destino se desconoce y cuya esencia y cuyo ser aún se están desarrollando.

Acabo de terminar de leer una de las novelas de mi madre: *Nana*, de Émile Zola, hurtada de su estantería y devorada a escondidas. No me puedo sacar la última escena de la cabeza. Nana, la bella y elegante artista, deseada por innumerables hombres, yace descompuesta y enferma, con el cuerpo lleno de llagas provocadas por la viruela. Hay algo aterrador en la forma en que se describe su cuerpo. Incluso antes de la viruela, incluso cuando todavía era preciosa y encantadora, su cuerpo era peligroso. Un arma. Algo amenazador, con lo que había que tener cuidado.

Aun así era deseada. Yo anhelaba un amor como ese. Ser considerada un tesoro. Ser colmada de cariño y saboreada como un manjar.

En cambio, me enseñan a ser prudente.

—Asearse es como lavar los platos —me ha dicho mi madre—. Empieza por el cristal y luego continúa con las ollas y las sartenes.

Deja lo más sucio para el final. Hasta mi propio cuerpo es sospechoso.

Magda llama a la puerta del cuarto de baño, cansada de esperar su turno.

—Deja de soñar, Dicuka —protesta.

Usa el apodo que me puso mi madre. Ditzu-ka. Esas sílabas sin sentido habitualmente me resultan entrañables. Hoy suenan duras y estridentes.

Paso a toda prisa junto a mi enfadada hermana en dirección a la habitación que compartimos para vestirme, pensando todavía en la chica del espejo; la chica deseosa de amor. Tal vez el amor que anhelo es imposible. He pasado trece años hilvanando mis recuerdos y experiencias para formar la historia de quién soy, una historia que parece revelar que estoy herida, que no soy deseada, que no encajo.

Como la noche que mis padres dieron una cena en casa. Me mandaron ir a llenar una jarra de agua y, desde la cocina, los oí bromear: «A esa nos la podríamos haber ahorrado». Se referían a que, antes de que yo llegara, ya eran una familia completa. Tenían a Magda, que tocaba el piano, y a Klara, que era una niña prodigio del violín. Yo no aporté nada nuevo. Era innecesaria, no era lo bastante buena. No había sitio para mí.

Confirmé esta teoría cuando tenía ocho años y decidí escaparme de casa. Quería comprobar si mis padres se daban cuenta siquiera de que me había ido. En lugar de ir al colegio, tomé el tranvía hasta la casa de mis abuelos. Confiaba en que mis abuelos (el padre y la madrastra de mi madre) me cubrirían. Estaban constantemente enzarzados en una guerra con mi madre por culpa de Magda, escondiendo galletas en el cajón de la cómoda de mi hermana. Para mí representaban la seguridad. Se cogían de la mano, cosa que mis padres nunca hacían. Eran el consuelo personificado: el olor de la carne y las judías cocidas, del pan dulce, del chólent, un delicioso estofado que mi abuela llevaba a la panadería para que lo horneasen en el *sabbat* cuando la práctica ortodoxa no le permitía utilizar su propio horno.

Mis abuelos se alegraron de verme. No tenía que actuar para ganarme su amor o su aprobación. Me los ofrecían sin más y pasamos una maravillosa mañana en la cocina, comiendo pastelitos

de nuez. Pero entonces llamaron a la puerta. Mi abuelo fue a abrir. Al cabo de un momento entró corriendo en la cocina. Era duro de oído y pronunció su advertencia demasiado alto.

—¡Escóndete, Dicuka! —gritó—. ¡Tu madre está aquí!

Al tratar de protegerme, me delató.

Lo que más me molestó fue la cara que puso mi madre cuando me vio en la cocina de mis abuelos. No es que le sorprendiera verme allí, sino que parecía que el mero hecho de mi existencia la hubiera pillado por sorpresa. Como si yo no fuera lo que quería o lo que esperaba que fuera.

Aun así, a menudo le hago compañía y me siento en la cocina con ella cuando mi padre está de viaje de negocios en París, llenando maletas de seda para su negocio de sastrería, con mi madre tensa y vigilante a su regreso, preocupada por que haya gastado demasiado dinero. No invita a amigos a que vengan de visita. No hay chismorreos inocentes en el salón ni debates sobre libros o política. Soy la única a la que mi madre le cuenta sus secretos. Disfruto del tiempo que paso a solas con ella.

Una tarde, cuando tenía nueve años, estábamos solas en la cocina. Ella estaba envolviendo los restos de la masa del *strudel* que había preparado. Yo la había observado cortarla y extenderla como si fuese ropa de hogar sobre la mesa del comedor.

—Léeme —dijo, y fui a buscar el gastado ejemplar de *Lo que el viento se llevó* de su mesita de noche.

Ya lo habíamos leído entero antes. Empezamos de nuevo. Me detuve en la misteriosa dedicatoria, escrita en inglés, en la primera página del libro traducido. Era letra de hombre, pero no la de mi padre. Lo único que me dijo mi madre es que el libro era un regalo de un hombre al que conoció cuando trabajaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores, antes de conocer a mi padre.

Nos sentábamos en sillas de respaldo recto junto a la cocina de leña. Cuando leíamos juntas no tenía que compartirla con nadie más. Me sumergía en las palabras y en la historia y en la sensación de estar sola con ella en el mundo. Escarlata regresa a Tara al final de la guerra y descubre que su madre ha muerto y que su padre ha enloquecido de dolor. «A Dios pongo por testigo que nunca volveré a pasar hambre», dice. Mi madre cerraba los ojos y reclinaba la cabeza en el respaldo de la silla. Yo quería subirme a su falda. Quería apoyar la cabeza en su pecho. Quería que sus labios me rozaran el pelo.

—Tara... —decía—. América, ese sí que sería un lugar que habría que ver.

Ojalá dijera mi nombre con la misma dulzura que reservaba para un país en el que nunca había estado. Todos los deliciosos olores de la cocina de mi madre se me mezclaban con el dramatismo del hambre y el festín; siempre, incluso en el festín, aquella nostalgia. Yo no sabía si la nostalgia era suya o mía o algo que compartíamos.

Nos sentamos cada una a un lado de la estufa.

—Cuando tenía tu edad... —empezó.

Ahora que estaba hablando tenía miedo de moverme; me daba miedo que no continuase si lo hacía.

—Cuando tenía tu edad los bebés dormían juntos y mi madre y yo compartíamos cama. Una mañana me desperté porque mi padre me estaba llamando: «Ilonka, despierta a tu madre. No me ha hecho el desayuno ni me ha preparado la ropa». Me volví hacia mi madre, que estaba a mi lado bajo las sábanas. Pero no se movía. Estaba muerta.

Yo quería conocer hasta el último detalle de ese momento, cuando una hija se despertó junto a una madre a la que ya había

perdido. También quería apartar la mirada. Era algo demasiado aterrador para pensarlo.

—Cuando la enterraron, aquella misma tarde, pensé que la habían sepultado viva. Aquella noche mi padre me dijo que preparara la cena para la familia. Así que eso fue lo que hice.

Yo esperaba oír el resto de la historia. Esperaba la moraleja final, o el consuelo.

—Hora de dormir. —Fue todo lo que dijo mi madre. Entonces se inclinó para barrer las cenizas bajo la estufa.

Al otro lado de la puerta sonaron fuertes pisadas por el pasillo. Podía oler el tabaco de mi padre antes incluso de oír el tintineo de sus llaves.

—Señoras —dijo—, ¿aún estáis levantadas?

Entró en la cocina con sus zapatos relucientes y su traje elegante, una amplia sonrisa y una pequeña bolsa en la mano, que me entregó junto con un sonoro beso en la frente.

—He vuelto a ganar —alardeó.

Siempre que jugaba a las cartas o al billar con sus amigos compartía las ganancias conmigo. Aquella noche había traído un *petit four* con glaseado rosa. Si yo fuera mi hermana Magda, mi madre, siempre preocupada por su peso, me habría arrebatado el regalo, pero asintió con la cabeza, dándome permiso para que me lo comiera.

Se levantó y se dirigió del fogón al fregadero. Mi padre la interceptó, le cogió la mano y se la levantó para hacerla girar por la habitación, cosa que ella hizo, rígida, sin una sonrisa. Él la atrajo hacia sí para abrazarla, con una mano en su espalda y la otra rozándole el pecho. Mi madre se lo sacó de encima.

—Para tu madre soy un fracasado —me susurró mi padre mientras salíamos de la cocina.

¿Pretendía que ella lo oyera o se trataba de un secreto destinado únicamente a mí? En cualquier caso, era algo que me guardé para darle vueltas más adelante. Sin embargo, la amargura de su voz me asustó.

—Ella quiere ir a la ópera cada noche, llevar una vida sofisticada y cosmopolita. Yo solo soy un sastre. Un sastre y un jugador de billar.

El tono derrotado de mi padre me desconcertó. Era muy conocido y apreciado en nuestra localidad. Bromista, sonriente; siempre parecía cómodo, animado y divertido. Le gustaba salir por ahí con sus muchos amigos. Le encantaba comer, especialmente jamón, que a veces metía en casa a escondidas y que se comía directamente del papel de periódico en el que estaba envuelto, metiéndome trocitos del cerdo prohibido en la boca y soportando las acusaciones de mi madre de ser un mal ejemplo. Su sastrería había ganado dos medallas de oro. No solo hacía costuras igualadas y dobladillos rectos. Era un maestro de la costura. Así es como conoció a mi madre; ella entró en el taller porque necesitaba un vestido y le habían recomendado encarecidamente su trabajo. Sin embargo, él quería ser médico, no sastre, un sueño del que su padre lo había disuadido y, de vez en cuando, la decepción salía a la superficie.

—Tú no eres un simple sastre, papá —lo consolaba yo—. ¡Eres un diseñador de moda famoso!

—Y tú vas a ser la dama mejor vestida de Košice —me decía él, dándome una palmadita en la cabeza—. Tienes la figura perfecta para la alta costura.

Había vuelto a apartar su decepción. Nos quedamos en el pasillo; ninguno de los dos queríamos separarnos.

—Ya sabes que yo quería que fueras un niño —dijo mi padre—. Pegué un portazo cuando naciste. Así de furioso estaba por

haber tenido otra niña. En cambio, ahora eres la única con la que puedo hablar.

Me dio un beso en la frente.

Todavía me encanta recibir el cariño de mi padre. Como el de mi madre, es precioso... y frágil. Como si el hecho de merecer su amor no tuviera tanto que ver conmigo como con su soledad. Como si mi identidad no tuviera nada que ver con nada de lo que soy o lo que tengo, sino solamente con lo que les falta a cada uno de mis padres.

Cuando me siento a la mesa con mi familia para desayunar mis hermanas mayores me reciben con una canción que se inventaron cuando yo tenía tres años y se me quedó un ojo bizco tras una intervención médica chapucera.

—Eres muy fea, eres muy esmirriada —cantan—. Nunca encontrarás marido.

Durante años anduve con la cabeza inclinada hacia el suelo para no tener que ver a nadie mirándome la cara asimétrica. Cuando tenía diez años me operaron para corregir el estrabismo, así que ahora debería ser capaz de levantar la cabeza y sonreír a los desconocidos. Sin embargo, la vergüenza sigue ahí, con la ayuda de las burlas de mis hermanas. Magda tiene diecinueve años, labios sensuales y cabello ondulado. Es la bromista de la familia. Cuando éramos pequeñas me enseñó a tirar uvas a las tazas de café de los clientes que estaban sentados en el patio de abajo desde la ventana de nuestra habitación. Klara, la hermana mediana, la niña prodigio del violín, ya interpretaba con maestría el concierto para violín de Mendelssohn cuando tenía cinco años.

Estoy acostumbrada a ser la hermana silenciosa, la invisible. Estoy tan convencida de mi inferioridad que raramente me presento por mi nombre. «Soy la hermana de Klara», digo. No se me pasa por la cabeza que a Magda pueda cansarle ser la payasa o que a Klara le moleste ser la niña prodigio. No puede dejar de ser extraordinaria ni un segundo; de lo contrario, podría perderlo todo: la adoración a la que está acostumbrada, su propia imagen de sí misma. Magda y yo tenemos que esforzarnos para conseguir algo de lo que estamos seguras de que no habrá suficiente; Klara tiene que preocuparse por el hecho de que en cualquier momento puede cometer un error fatal y perderlo todo. Klara lleva tocando el violín toda mi vida, desde que ella tenía tres años. A menudo se coloca frente a una ventana abierta para ensayar, como si no pudiera disfrutar plenamente de su genio creativo si no congrega a una audiencia de transeúntes para que sean testigos de este. Parece que para ella el amor no es absoluto, es condicional: la recompensa por una actuación, lo que recibes como pago. Y ser amada tiene un precio: el trabajo de ser aceptada y adorada es, al final, una especie de desaparición.

Comemos bollos de la panadería de nuestra calle, bañados en mantequilla y en la mermelada de albaricoque de nuestra madre, más dulce que ácida. Mi madre sirve café y reparte la comida en la mesa. Mi padre ya se ha colocado una cinta métrica alrededor del cuello y se ha metido un trozo de carboncillo para marcar la tela en el bolsillo delantero. Magda espera a que mi madre nos ofrezca una segunda ración de bollos. «Cógelo, ya me lo comeré yo», me insiste siempre si rechazo otra ración. Klara carraspea y todo el mundo se gira hacia ella para oír lo que tiene que decir.

—Tengo que contestar al profesor sobre la invitación para estudiar en Nueva York —dice, extendiendo con el cuchillo la cremosa mantequilla en el pan caliente.

—Tenemos familia en Nueva York —cavila mi padre, removiendo el café. Se refiere a su hermana Matilda, que vive en un lugar llamado el Bronx, en un barrio de inmigrantes judíos.

—No —dice mi madre—. Ya lo hemos hablado. América está demasiado lejos.

Pienso en aquella noche, hace mucho tiempo, en la cocina, cuando hablaba de Estados Unidos con tanto anhelo. Puede que la vida sea eso, un vacilar constante entre las cosas que no tenemos pero querríamos tener y las cosas que tenemos y querríamos no tener.

Klara aprieta la mandíbula.

—Pues si no es Nueva York, entonces Budapest.

Mi madre baja la cabeza mientras recoge los platos de la mesa. Apoyar la carrera de su hija favorita significa perderla. O tal vez no es la idea de que Klarie se vaya de casa lo que la entristece; tal vez es su propia intransigencia. Tal vez está enfadada consigo misma por decir «no» cuando quiere decir «sí».

El habitual buen humor de mi padre no se ve afectado por la contundencia de la decisión de Klara o por la preocupación con que se la toma mi madre.

—Ya hablaremos —dice, disipando el ambiente sombrío que se ha apoderado de nuevo de nuestra mesa familiar.

A continuación se vuelve hacia mí.

—Dicuka —dice entregándome un sobre—, lleva este dinero al colegio. Es el pago de la matrícula.

Sostengo el sobre en la mano, consciente de la importancia de su confianza. Sin embargo, el hecho de que me otorgue esa responsabilidad es también una recriminación. Un recordatorio de lo que le cuesta a la familia. Una pregunta sin respuesta sobre el valor que aporto. Agarro el sobre con fuerza mientras recojo el

material escolar, como si ese agarre me fuera a ayudar a determinar cuánto importo y cuánto no, como si me fuera a ayudar a dibujar el mapa que muestra las dimensiones y las fronteras de mi valía.



Cuando mejor estoy es cuando estoy a solas, cuando puedo refugiarme en mi mundo interior, y el camino hasta la escuela judía privada a la que asisto es un tiempo que valoro mucho. Practico los pasos de la coreografía de *El Danubio azul* que mi clase de *ballet* interpretará en un festival junto al río.

Pienso en mi profesor de *ballet* y en su mujer, en la sensación que me invade cuando subo los escalones de su estudio de dos en dos o de tres en tres, me quito la ropa del colegio y me pongo los leotardos y las mallas. Llevo estudiando *ballet* desde que tenía cinco años, desde que mi madre intuyó que no era música, que tenía otro talento. (Mis padres habían intentado que practicara con el viejo violín de Klara, pero mi madre no tardó en arrancarme el instrumento de las manos, diciendo «Ya está bien».) El *ballet*, en cambio, me encantó desde el principio. Mi tía y mi tío me regalaron un tutú que me puse para mi primera clase. Por alguna razón en el estudio no me sentía tímida. Fui directa al pianista que tocaba la música que se bailaba en clase y le pregunté qué piezas tenía pensado interpretar. «Tú baila, cariño —me dijo—. Yo me encargo del piano.»

A los ocho años asistía a clases de *ballet* tres veces por semana. Me gustaba hacer algo que era exclusivamente mío, distinto a lo que hacían mis hermanas. Y me gustaba estar en mi cuerpo. Me

gustaba practicar las aperturas de piernas mientras nuestro profesor de *ballet* nos recordaba que fuerza y flexibilidad son inseparables; para que un músculo se flexione otro tiene que abrirse; para lograr elasticidad y flexibilidad tenemos que tensar los abdominales. Memorice sus instrucciones como una oración. Me inclinaba, la columna recta, los músculos abdominales tensos, las piernas separadas. Sabía respirar, especialmente cuando me sentía bloqueada. Imaginaba que el cuerpo se me desplegaba como las cuerdas del violín de mi hermana, encontrando el punto justo de tensión que hacía sonar el instrumento. Y allí estaba yo, en el suelo, con las piernas totalmente separadas. «¡Bravo!» Mi profesor de *ballet* aplaudió. «Quédate tal como estás.» Me levantó del suelo y me elevó por encima de su cabeza. Me costaba mantener las piernas totalmente extendidas sin ayudarme de la presión del suelo, pero por un momento me sentí como una ofrenda. Me sentí luz. «Editke —me dijo el profesor—, todo el éxtasis de tu vida saldrá de tu interior.» En realidad aún no entiendo qué quería decir. Pero sé que puedo respirar, girar, estirarme e inclinarme. Que, mientras mis músculos se estiran y se refuerzan, cada movimiento y cada postura parecen clamar: «Soy, soy, soy. Soy yo. Soy alguien».

La fantasía me invade y estoy en otro lugar, en una nueva danza de mi invención, en la que me imagino que se encuentran mis padres. Bailo sus pasos. Mi padre da un salto exagerado cuando ve a mi madre entrar en escena. Mi madre da vueltas cada vez más rápido, con las caderas cada vez más elevadas. Todo mi cuerpo se dobla con una alegre carcajada. Nunca he visto a mi madre tan contenta, nunca la he oído reírse desde el estómago, pero siento en mi cuerpo el pozo sin explotar de su felicidad.

Cuando llego al colegio el dinero de la matrícula que me ha dado mi padre para pagar todo un trimestre del curso ha desapareci-

do. Debo de haberlo perdido en el frenesí del baile. Miro en cada bolsillo y en cada pliegue de mi ropa, pero ha desaparecido. Durante todo el día el terror a decírselo a mi padre me quema como hielo en las entrañas.

Aquella noche, en casa, espero a después de la cena para reunir el valor para decirle a mi padre lo que he hecho. No es capaz de mirarme mientras levanta la mano agarrando un cinturón. Es la primera vez que me pega, a mí o a cualquiera de nosotras. Cuando acaba no me dice ni una palabra.

Me voy a la cama temprano, antes de acabar los deberes, con la espalda y el trasero todavía doloridos. Lo que me duele más que los recientes azotes en la piel es la sensación de que me pasa algo malo. Pronto sabré que el lugar remoto al que me retiro cuando estoy sola es una ventaja, una herramienta de supervivencia, pero esta noche mi imaginación me parece una aberración. Un defecto terrible.

Meto mi muñeca bajo las sábanas. La llamo Pequeña. Tiene el pelo oscuro largo y ondulado y unos ojos verdes que se abren y se cierran. Ojos verdes como los de mi padre. Es una muñeca preciosa, mi posesión más preciada. Le susurro a su suave oído de porcelana.

—Ojalá me muriese para que así sufriera por lo que me ha hecho —digo cerrando los ojos fuertemente en la oscuridad.

Pequeña guarda silencio, como si estuviera valorando la rabia irreprimible que siento hacia mi padre y hacia mí misma. Dejo que la furia se agite en mi interior. La remuevo más y más. Hay algo placentero en decir las cosas más terribles.

—No —le susurro a mi muñeca, con la voz quebrada por las lágrimas—, ojalá... —Dejo que el *crescendo* vaya en aumento—.

Ojalá... —Voy a decir lo más violento y terrible que se me ocurra. Una frase tan espantosa que no pueda retirar jamás, que todavía no sé que me obsesionará, que resonará en mi mente en noches mucho peores y en tiempos mucho más sombríos—. Ojalá mi padre estuviera muerto —digo al fin.

Esta noche Pequeña no dice nada, sus ojos están cerrados en la oscuridad, un telón se ha corrido rápidamente en el escenario.